SANTA TERESA DE JESUS.

GLOSA.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;

Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte;
Vida no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.
Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.
Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.
Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi;

Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.
El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.
Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.

¡Oh, mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caida,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.
Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
Y mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Si el amor que me teneis,
Dios mio, es como el que os tengo;
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos ¿en qué os deteneis?
— Alma ¿qué quieres de mí?

— Dios mio, no más que verte.
— Y ¿qué temes más de tí?
— Lo que más temo es perderte.
Un amor que ocupe os pido:
Dios mio, que mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.
Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida,
Tornarte de nuevo á amar?

¡Dichoso el corazon enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento!
Por él renuncia todo lo criado,
Y en él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestüoso.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

AL SILENCIO DE SUS QUEJAS.

De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.
No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?
Dime, Fílis: ¿quién me ha vuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto.
¿Qué te pueden haber dicho,

Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho
Y á mi vida en tanto estrecho?
Dígante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.
¡Oh, tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y áun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!
Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
De desesperado, vivo.

REDONDILLAS Á SU DAMA,

ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envia á encomendarse.
No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.
Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,

Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.
En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuanto más siento que muestra.
¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que áun esperan tu mandado
Los amigos que dejaste?
Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los dias.
A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.
Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.
A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo ménos que falta
Es ser vista y adorada.
¿Qué te aprovecha la maña?
La discrecion ¿qué te vale
Entre esa gente huraña,
Para quien el sol no sale?
De mí puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.
Mas hé miedo que el reposo

Te convida á descansar,
O quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.
Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.
Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.
Cuando finjo que te veo
O que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.
¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?
Procuro quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.
Yo no estoy en mi poder,
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la pueba.
Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.
Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;
Entrais haciendo gran prueba
Y salís por disparate.

Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque hé miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquiva;
Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.
Revuelto de cuando en cuando,
Acuso mi ceguedad:
Despues digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?
Es la vida mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.
En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos;
Que trayendo á la memoria
Lo que fuí y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.
Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre despues de muerto.
Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¡Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!
Tal me veo, en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta

Las horas que sin tí vivo;
Y pregunto de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.
Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad;
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
Tras el invierno el verano,
Tras la noche el dia claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Más alto y más extendido;
Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.
¡Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
Ó el mal en bien se trocase,
Ó cesase su braveza!
Piensa lo que sentiria
Viéndote como te vi;

Tan gran colmo de alegría
Caber no podria en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida padezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Más querria no haber sido
O la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele,
Pues no alcanza la piedad
A lo ménos que ella duele.
Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta maladanza,
Pero nunca le hallé.
Uno, que no siente nada,
Calla otro, que lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré si te gasta
Contra mí algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Parecerále otra cosa,
Si procura tu aspereza.
Tal medicina hay que daña,

Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que lo hace.
A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.
Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.
Era el són de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oidos
Un bravo toro que brama.
El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.
¡Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La envidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.
Y como inocente dello,
Bebilo hasta acaballo,
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.
Si tú, señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Procura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

VILLANCICO.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no pueda huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Entró simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego;
Él encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.
Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo

Sus competidores,
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Ántes que sea oido
Sea condenado;
Quiera ser mirado:
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Á UNA DAMA LLAMADA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozallos,
Y tantas veces besallos
Cuantas me pide la gana
Con que vivo de mirallos!
Darles hia
Cien mil besos cada dia,
Y aunque fuesen un millon:
Mi penado corazon
Nunca harto se veria.
¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, despues que os vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningun sentido
Que sepa parte de sí.
La lengua se me entorpece,